

AHIJUNA

HISTORIA LETRAS
POLITICA
ECONOMIA

"TIEMPLE Y CANTAREMOS JUNTOS..."

HERNANDEZ

juan filloy

y los entregadores

chilavert hernández

testimonios ☆ los nacionales

documentos ☆ correo histórico

leído y comentado

3

FEBRERO 1968

PRECIO \$ 100.-

Representantes:

Pcia. de Buenos Aires: Efebe Distribuciones,
French 151, Avellaneda.

Pcia. de Entre Ríos: Carlos Ma. Quinodóz,
Corrientes 412 (n), Paraná.

Pcia. de Río Negro: Arnaldo Arnaíz, Av. Bel-
grano 98, San Carlos de Bariloche.

En venta en las siguientes librerías:

Capital Federal:

Huemul, Santa Fe 2237.
Splendid, Santa Fe 1923.
Casa Pardo, Callao 527.
Casavalle, Viamonte 452.
Clásica y Moderna, Callao 892.
Fernández Blanco, Tucumán 714.
Fausto, Corrientes 1311.
Platero, Talcahuano 468.

Mendoza:

Simonecini y Gómez, Buenos Aires 98.
García Santos S.R.L., Rivadavia 55.

Salta:

B. Salas e Hijos, Alberdi y Caseros.
El Colegio, Caseros 654.

Tucumán

Norte Libros, 24 de setiembre 616.

Córdoba:

Hogar del Libro, Deán Funes 256.
San Pablo, 27 de abril 290.
Librería Córdoba, Deán Funes 75.
Librería Leal, Galería San Martín, local 13 B.

San Luis:

Pedro Anello, Belgrano 801.

Santa Fe:

Libretex, San Martín 2151.

Rosario:

Casa Rodino, Córdoba 2121.

Posadas:

Librería Pellegrini, Colón 280, local 13.

Río Cuarto:

Librería de la Patria, Vélez Sársfield 282.

Impreso en: Imprenta López.

Prohibida la reproducción total o parcial sin
previo permiso de los editores.

Registro de la propiedad intelectual, N° 956.992.

Suscripciones:

Anual (12 números) \$ 1.200.—
Semestral (6 números) „ 600.—
El ejemplar \$ 100.

Director: FERMÍN CHAVEZ

Editor: Ediciones Nuestro Tiempo, S. en C. por A. (cr.)

Dirección y administración: Rivadavia 1255, 4º piso,
of. 406, Buenos Aires

Mitolatría

LA fuerza de lo que Nimio de Anquín llamara cabalmente la “mitolatría liberal” sigue siendo el principal obstáculo para que la Argentina autoconsciente pueda traducir en hechos políticos su victoria histórica. Y ello se explica suficientemente por el largo proceso de lavado cerebral a que fuimos sometidos los argentinos, durante más de una centuria; lavado cerebral que no perdonó ni siquiera a quienes, por descendencia política o por tradición doméstica, pudieron obtener una información distinta a la que se les imponía desde los repetidores del Estado caserista victorioso.

Entre las instituciones que no pudieron escapar al magisterio liberal y al Corán mitrista —como decía Alberdi—, figuraron, en primer término, las Fuerzas Armadas de la nación, a quienes se les impuso la tradición roquista como único ingrediente político castrense, con notorio ocultamiento de lo que el ejército fue antes de Roca, a través de figuras protagónicas que repitieron radicales enseñanzas sanmartinianas. Claro está que esa impregnación del positivismo desarrollista de Roca y la atadura a la “mitolatría liberal” no tienen ya la consistencia de hace treinta o cuarenta años.

No hace mucho, un general de la nación, Carlos J. Rosas, expuso en una conferencia las verdaderas tradiciones del ejército argentino, en especial las que se refieren a su permanente posición industrialista, en oposición al libreempresismo y privatismo que nos viene siendo predicado desde afuera, ya desde antes de la Revolución de Mayo. Y más recientemente, el general Adolfo C. López, en sus respuestas a una revista metropolitana, dijo entre otras cosas: “Pienso que debemos volver a las fuentes espirituales latinas para quitarnos esta influencia sajona que nos acosa. Yo no acuso a países extranjeros, ni hablo de imperialismos; creo que los verdaderos enemigos están aquí dentro: son la pléyade de economistas que buscan hacer del país una colonia”. En ambos casos podemos advertir el rompimiento de la “mitolatría liberal” en la mente de dos hombres de armas que —como todos sus camaradas— han sido formados en una escuela militar impregnada de liberalismo, en cuyas aulas imperaban también los ángeles sin mancilla del olimpo liberal y los pálidos corderos jacobinos “que nos dieron libertad”. Libertad civil, quizá, pero no autoconciencia nacional y patria desvelada.

Cuatro balas para las espaldas de Chilavert

Por JORGE PERRONE

*Quieren ponerlo de espaldas
y fusilarlo sin sable.
¡Qué dolor está frenando
el verso de mi romance!*

CON su cansancio seco de cardos, polvoriento, acribillado de chicharras, la tarde se desangraba en el arroyo Morón, por donde al amanecer habían cruzado las tropas de Urquiza, camino de Buenos Aires.

(Recién diecisiete jornadas luego entrarían en la calle del Perú, cruzando el Retiro. Entrarían Urquiza y sus tropas del Brasil).

En los campos de Caseros las últimas caballerías dispersas se llevaban el tremendo olor de pólvora quemada.

Algún animal sin jinete se está quieto, como si alguno se lo hubiera olvidado en la pampa.

Cielo de cartucho y de dolor parejo.

Al fin de las cargas la batalla se hizo silencio. Martiniano Chilavert se quedó mirando la policromía moviediza de aquellos hombres que vendrían a tomarlo.

Coronel de artillería, se quedó con su cañón caiente, ya acabado de balas.

Se dio vuelta despacio. Era su ayudante, el sargento Aguilar. Venía lleno de tierra y una herida de machete le había llenado de sangre aquello que fue una camisa.

—Esto se acabó, mi coronel.

La voz le llegaba ronca, harta.

Alguien gritó a lo lejos.

Un poco el sol y otro poco las caballerías habían dejado toda la tierra sin pasto, rajada, como lloviendo agua.

—...usted no puede quedarse... —el otro seguía hablando, ahora a borbotones— ...estos salvajes están arrasando con todo...

¿Salvajes? Tal vez.

—...rebasaron las líneas y entraron en el hospital de sangre, es una masacre. Además ya no queda nada por hacer.

Chilavert miraba las figuras que se iban acercando al galope.

—Véngase conmigo, mi coronel.

¿Irse? La sangre le anduvo a los tumbos. ¿Irse?

—Le tengo un caballo listo aquí en Maldonado.

¡Véngase!

Y lloraba.

Chilavert juntó las palabras de a poco.

—¡Pobre Aguilar! Te perdono lo que me propones tu cariño. Los hombres como yo no huyen.

Se desprendió del reloj y un anillo.

—Tomá, lleváelos a mi hijo.

Cuando se iba, todavía se volvió para gritarle:

—Sé feliz. ¡Adiós!

Un galope con su jinete lleno de angustia se llevaba al rato la última posibilidad de salvación.

Después, soldados del Imperio y dos o tres argentinos hicieron prisionero a Chilavert y se lo llevaron entre un montón de hombres y caballos, hacia Palermo.

Tratado como un delincuente el machazo oficial de Ituzaingó fue conducido ante Urquiza. Se estuvo frente al general y debió haberlo mirado con un poco de lástima, desde el hombro.

En Santos Lugares lanceaban al coronel Santa Coloma, mientras alguien lo tenía agarrado de los pelos.

Hablaron poco, casi nada, lo suficiente como para medirse. El vencedor puso sus ojos oscuros en las charreteras del jefe, en la vaina sin sable. Después calculó su orgullo. Insinuó que posiblemente él, Chilavert, había cometido un error al permanecer fiel a Rosas; que tal vez si abjurara de su conducta y se pasara a las filas de la liberación —dijo liberación—, podía ser perdonado.

Lo inútil de su intención quedó asegurado en la respuesta del prisionero:

—Si veinte veces me viera ante la misma situación, otras tantas procedería igual.

La habitación estaba enjabelgada de blanco, algo descascarada. Sobre el escritorio había un montón de papeles, una espada con su cinto y un poncho viejo. Cada cual rumiaba sus pensamientos. Al fin el general se puso de pie y dijo:

—Está bien. Vaya nomás.

Chilavert salió entre seis hombres y fue conducido a la celda. En ella el secretario de Urquiza le comunicaba su orden:

—Será fusilado por la espalda como traidor. Amanecía.

La muerte estaba prevista, desde luego, pero nunca esperó que se lo quisiera humillar en esa forma, que quisieran echar un salivazo sobre su coraje. Ponerlo de espaldas significaba culparlo de una cobardía imposible, la de haber disparado él mismo, con sus propias manos, rasgándose el poncho, el último cañonazo sobre las filas brasileñas que formaban el centro de la batalla de Caseros. La de haberse quedado con su artillería entre las cargas que llegaban. La de haberse quedado sin volver grupas a los que iban a tomarlo, sin disparar, campo adentro. La de haber mirado a su vencedor, de frente, sin doblársele. La de haber cumplido como militar y como hombre. Entre tanto gusto amargo, entre tanto asco, como algo turbio buscó algún resentimiento viejo, por cuestión de mujeres. Quizá. O que él pudiera echar sombras sobre el prestigio de alguno; o que fuera el precio impuesto quién sabe desde dónde.

En 1828 habían fusilado a Dorrego. Hoy era Chilavert.

Fusilarlo, sí, porque era culpable de haber luchado por la independencia de su patria, sirviendo al general Rosas, pero no traidor, que aquí tenía sus años y su gloria para probarlo. Fusilarlo, sí, porque tenía la culpa de su lealtad, pero no de espaldas, que se quedó de frente. Fusilarlo, sí, porque luchó en su tierra, pero no de atrás, que él no buscó extranjeros para ganar batallas.

Todo su odio y su impotencia le hirvieron de golpe cuando recibió la orden del general Urquiza:

—Será fusilado por la espalda, como traidor.

Y su herida brava se le vino a la boca, en un grito:

—¡Hijos de p...!

Afuera, cada vez más pinturero, el día llegaba. Venía con sus descargas y sus venganzas, y un poco más allá, hacia cualquier parte, el campo se desbandaba con sus casuarinas.

En los cuarteles de Palermo, en la mañana del 4 de febrero de 1852, un oficial y doce hombres van a fusilar al coronel de artilleros del ejército de Buenos Aires, Martiniano Chilavert.

El oficial que comandaba el piquete tiene la piel cetrina, una mirada pequeñita, de retazos; parece un veterano de las guerras civiles. Tiene los labios resecos y los movimientos quebrados, hirsutos, huidizos. Nadie habla. Las palabras sobran. Están de más.

Una bandada de patos salvajes cruza el cielo en dirección al sur. Ahí nomás, contra una cinacina, el oficial ha ordenado el alto y quiere poner de espaldas al prisionero. Algo se rompe desde adentro. Algo salta en mil pedazos de fuego y que-

ma las entrañas y enrojece los ojos y llena la boca de saliva espesa. Algo estalla, se encrespa, se endurece, ciega. El coronel Martiniano Chilavert —el pelo blanco, el corazón grandote como su tierra— no cabe dentro del pellejo. De un puñetazo arroja sobre el polvo al oficial de Urquiza, dos metros más allá.

—¡De espaldas no! ¡De frente!

Un recelo amargo recorre a los soldados. Han bajado sus fusiles que como cosa inútil cuelgan al costado de las botas.

Chilavert encara al piquete y se golpea el pecho con la diestra:

—¡Tirad, tirad aquí, que así mueren los hombres como yo!

Desde el suelo aún el oficial intenta detener a sus hombres, que no disparen, que no malgasten su víctima con una muerte heroica. Porque hasta su derecho al heroísmo querían quitarle esas tropas de Urquiza; que era como decir su derecho al coraje. Se puso de pie gritando algo que no se entendió. Ya el machete estaba prolongando el brazo. Se fue hacia el prisionero. Alguien hizo fuego y el disparo fue a herir a Chilavert en la cabeza que en seguida se llenó de sangre.

El coronel se tambaleó, pero pudo mantenerse en pie. Los ojos se le salían.

Y su mano se golpeaba la guerrera, justo a la altura del corazón.

Como el balazo no ha logrado tumbarlo ya que un montón de nervios y guapeza lo mantienen, los hombres se van sobre él para doblarlo.

En el claror del nuevo día quieren ponerlo de espaldas.

Malherido lucha. Es imposible darlo vuelta. Un soldado levanta su fusil y le da con la culata. Otros golpean. Alguno le clava su bayoneta. La escena es una pesadilla bárbara, llena de sangre. Todavía Chilavert se revuelve con sus últimas fuerzas. Y lo masacran. Su cuerpo es una tremenda herida abierta que pierde sangre a borbotones. Como bestias rabiosas lo deshacen, lo atraviesan y siguen descargando golpes sobre ese montón de carne rota y huesos quebrados.

En los estertores supremos, cuando ya su alma grande se va a ir en busca de Dios, su mano se mueve apenas sobre el pecho, como un desesperado grito.

—¡Tirad, tirad aquí, que así mueren los hombres como yo!

Después se quedará tirado para siempre.

Los culpables serán notificados que la venganza se ha cumplido.

Ese mismo día, por la tarde, tres batallones ocupaban la ciudad de Buenos Aires.

El artículo del poeta y narrador Jorge Perrone que reproducimos fue publicado en el semanario nacionalista *Firmeza*, edición del 3 de enero de 1951. Lo hacemos en homenaje al coronel Chilavert, de cuyo martirio se cumplieron ciento dieciséis años el 4 del corriente mes.

El último destierro de Natalicio González

Por FERMÍN CHÁVEZ

HACIA 1920 llega a Buenos Aires un joven escritor paraguayo, de veintitrés años de edad, que viene contratado por una empresa editora. Es un buen lector de Flaubert, de Goethe, de Platón y de San Agustín, y trae los originales de un libro de relatos titulado “*Cuentos y Parábolas*”. Se llama Natalicio González.

Ese mismo Natalicio González murió hace un año en México, donde se hallaba radicado desde 1950: desde que fue depuesto como Presidente del Paraguay. Pero no vamos a hablar de Natalicio político; de Natalicio, ministro, Primer Magistrado o Embajador. Vamos a hablar de Natalicio González intelectual. Del autor, digamos, de “*Baladas Guaraníes*”, de “*Proceso y formación de la cultura paraguaya*”, de “*Motivos de la Tierra Escarlata*” y de “*Elegías de Tenochtitlán*”. Del editor de obras monumentales como “*Historia General y Natural de las Indias*”, de Fernández de Oviedo, y “*Las Décadas de Herrera*”. Y de quien publicó “*Los Pensadores Griegos*”, de Teodoro Gomperz.

Natalicio, que había sido embajador del Paraguay en México desde 1956, se retiró el año 1965 del servicio diplomático de su país para poder seguir viviendo en una tierra americana que sentía profundamente, y que más de una vez había convertido en canto:

Tantas pétreas pirámides en cuyas cimas moraban los enigmáticos dioses que, sedientos, devoraban vida de quien los amó;

tus recios, claros palacios; los mágicos esplendores de Tenochtitlán; sus pájaros raros, sus frutos y [flores

un nuevo Dios los frustró.

Las agencias noticiosas nos informaron que, el 6 de diciembre de 1966, el ex Presidente González había muerto por un síncope cardíaco; y también, que su mujer Lydia Frutos no se había sentido con fuerzas para sobrevivir y se había marchado tras él voluntariamente. Fue algo así como una noticia de otras épocas. Como un anacronismo.

EL PRIMER DESTIERRO

Durante aquella primera etapa en nuestro país, de 1920 a 1924, Natalicio trató con frecuencia a Ricardo Rojas, a David Peña, a Ernesto Quesada. Pasó luego a Venezuela y poco después, a París. Pero a principios de 1926 regresó al Paraguay. Hizo entonces periodismo político para su partido, el Colorado. Se casó con Lydia Frutos. Fue elegido diputado.

A fines de 1931, González sufrió su primer destierro por causas políticas. Fue después de la impresionante matanza de estudiantes, del 23 de octubre de ese año, en el prólogo a la guerra del Chaco. Debió radicarse entonces en Montevideo, ciudad en que vivió del periodismo. Desde allí dio a conocer, en 1932, su “*Mensaje a los intelectuales de América sobre el conflicto del Chaco*”. Apenas pudo regresar a Asunción, lo hizo con el propósito de incorporarse a las filas del ejército. Mas el Presidente Dr. Eusebio Ayala, tío de Lydia Frutos, se lo impidió. Trató de alejarlo con un cargo diplomático, pero el escritor no aceptó y se quedó en Asunción.

Hacia 1933, Natalicio logró retomar una empresa cultural de proyecciones que había iniciado en 1917: la editorial *Guaranía* y la revista homónima. Pero esa fecunda etapa de su vida no pudo prolongarse más de tres años.

DE NUEVO EN BUENOS AIRES

Tras la revolución febrerista de 1936, asumió González la jefatura del partido Colorado, y la lucha política entablada volvería a llevarlo lejos de su patria. Primero fue el confinamiento en Peña Hermosa, en noviembre del 36, y después el exilio en Brasil, Montevideo y Buenos Aires.

Llegó por segunda vez a radicarse en nuestro país en febrero de 1937. Hizo nuevamente periodismo, ahora en la desaparecida Agencia Andí.

Volvió a dar vida a la editorial *Guaranía*. Tuvo trato amistoso e intelectual con Gabriel del Mazo, Alfredo Palacios, Raúl Scalabrini Ortiz y Macedonio Fernández. Vivió por esos años en una casa de la calle Charcas.

En Buenos Aires dio al público, en 1940, su obra más trabajada, "*Proceso y formación de la cultura paraguaya*". Un año después viajó a Córdoba, invitado a pronunciar conferencias. Fue entonces que trabó amistad con el recordado Saúl Taborda. En 1945, cuando el gobierno del general Morínigo lo designó embajador del Paraguay en el Uruguay, dejó Buenos Aires.

EL "MBURUBICHÁ"

Después de desempeñarse como ministro de Hacienda durante toda la guerra civil desatada en marzo 1947, en Paraguay, la convención del coloradismo lo eligió a González candidato a la Presidencia. Y así resultó electo para esa magistratura por gran mayoría, en febrero de 1948; y el 15 de agosto del mismo año asumió el poder. Pero el "Mburubichá" González pudo durar apenas poco más de cinco meses en el cargo. Los intelectuales duran poco, en nuestra América, como gobernantes. Un caso muy parecido fue el del pensador boliviano Franz Tamayo.

Producido su derrocamiento por la revolución del general Rolón, Natalicio volvió a Buenos Aires en febrero del 49. De este mismo año data su libro "*Cómo se construye una Nación*", donde da cuenta de su política agrarista y de las causas de su caída.

En febrero de 1950, González llegó a México y

allí se quedó. Se quedó para seguir trabajando en sus temas preferidos. La poesía guaraní. El pensamiento indoamericano. La macedonización del mundo antiguo, encarnada, según él, en Aristóteles.

Y así hubo de morir. Junto a Lydia Frutos. Junto a la mujer paraguaya. Como cuando andaban juntos por las ruinas de Teotihuacán, de Cuicuilco, de Tula; o en el cerro Texcoco, tras las huellas de Nezahualcóyotl.

LYDIA FRUTOS

Lydia era oriunda de San José de los Arroyos hija de un político liberal. Por línea materna, sobrina de Antolín y de Adriano Irala. Había egresado de la Universidad de Buenos Aires y se había hecho de una cultura filosófica singular. En noviembre de 1948, cuando ya los adversarios de Natalicio habían dado un fallido golpe para deponerlo, doña Lydia hablaba en la Universidad de Asunción sobre "La Idea de Platón". En enero del 49, en momentos de producirse el golpe militar de Rolón, Lydia se hallaba estudiando en la Universidad de Columbia. Y días después, desde Nueva York, salió por la prensa, decididamente, en defensa del gobernante caído.

Al morir Natalicio, hace un año, lo siguió, después de cortarse las muñecas y de dejarle tres líneas a una amiga: "*Consuelo, perdón. Te dejo estos pesos y dólares para lo que fuera necesario. Perdón*". Una decisión que tiene poca cabida en estos tiempos menos estoicos que aquellos que formaron el alma de Lydia Frutos, en el Paraguay de principios de siglo.

Usted lo puede ballar...

- Prudencio Arnold: *Un Soldado Argentino*, Rosario, 1893. En la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y en la Biblioteca Nacional.
- Francisco F. Fernández: *La Triple Alianza*, Paraná, 1870. En la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca del Museo Mitre.
- Nicasio Oroño: *Escritos y Discursos*, Buenos Aires, 1920. En la Biblioteca Nacional.
- Rafael Hernández: *Cartas Misioneras*, Buenos Aires, 1887. En la Biblioteca Nacional.
- *El General Don Justo José de Urquiza y el ciudadano Mardoqueo Navarro, Protector y Protegido o sea explotador y explotado*, Buenos Aires, 1872. En la Biblioteca Nacional.
- Carlos Guido Spano: *Ráfagas. Colaboración en la Prensa. Política y Literatura*, Buenos Aires, 1879. Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Rafael Hernández: *Pehuajó, nomenclatura de las calles*, Buenos Aires, 1896. En la Biblioteca citada.
- Dermidio T. González: *El Hombre*, Rosario, 1912. En la Biblioteca Nacional.
- José Hernández: *Vida del Chacho*, Buenos Aires, 1875. En la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca del Museo Histórico Nacional.
- Carlos Guido Spano: *El Gobierno y la Alianza*, Buenos Aires, 1866. En la Biblioteca Nacional.
- Jorge Brown Arnold: *La muerte de la república*, Buenos Aires, 1892. En la Biblioteca de José Luis Busaniche y en la Nacional.
- Carlos Martínez: *Buenos Aires, su naturaleza, sus costumbres, sus hombres*, México, 1890. [Obra de Carlos D'Amice]. En la Biblioteca Nacional.
- David Peña: *Viaje político del Dr. Bernardo de Irigoyen al interior de la República. Julio, agosto y setiembre de 1885. Crónica detallada*, Buenos Aires, 1885. Biblioteca de José Luis Busaniche y en la Nacional.
- Enrique Sánchez: *Biografía del Dr. Adolfo Alsina*, Buenos Aires, 1878. Biblioteca de José Luis Busaniche y en la Nacional.

Renacimiento de Rafael Hernández

Por ABEL SÁNCHEZ UNCAL

DURANTE el año de gracia de 1967, tuve la buena fortuna de encontrar un valioso documento histórico. Vaya mi reconocimiento en primer término, al señor Cura Párroco de San Telmo que me facilitó la búsqueda, primero, y me certificó el hallazgo, después.

Se trata de la Partida de Bautismo de Rafael Hernández.

Algunos autores, entre ellos Martínez Estrada en *"Muerte y transfiguración de Martín Fierro"*, han aseverado que se llamaba "Rafael José" y que habría nacido "a principios de 1841". Otros, como Manuel Gálvez, han llegado hasta a imputar "falta de imaginación" a los padres, porque habiendo llamado al mayor "José Rafael", no han hecho más que invertir los nombres con el hijo menor designándolo "Rafael José".

Estas suposiciones, absolutamente gratuitas, quedan desvirtuadas mediante la reproducción literal del documento precitado.

Asimismo, merecerá rectificarse la fecha atribuida al nacimiento (1º de setiembre), error generalizado y difundido en el medio familiar, inclusive.

"En esta Iglesia Parroquial de San Pedro Telmo, a siete de junio de mil ochocientos cuarenta, bauticé y puse los santos óleos a RAFAEL DEL CORAZÓN DE JESÚS; hijo de don Rafael Hernández y Doña Isabel Camaño. Padrinos Dn. José Hernández y Doña Victoria Camaño a los que advertí el parentesco espiritual y obligaciones y por verdad lo firmé: Fernando Soto.

Es copia fiel del original que se guarda en este Archivo Parroquial de S. Pedro G. Telmo. Libro 4º a folio 57 vuelta, Buenos Aires, 15 de abril de 1967. Fdo.: Pbro. PEDRO SCARZELLA. — Cura Párroco San Telmo. Hay un sello que dice: "PARROQUIA DE SAN PEDRO G. TELMO".

Ahora bien. Sintetizada al máximo la redacción de la Partida original y apelando al apellido materno de las damas intervinientes —era Caamaño, y no Camaño— el Cura bautizador merece algunas aclaraciones.

Doña "Isabel Camaño", es decir, la señora madre, es Isabel Pueyrredón; y Doña "Victoria Camaño", es Victoria Pueyrredón, esposa de su primo Mariano, nada menos que la célebre "Mamá Toto". En cuanto al Padrino "Dn. José Hernández", a secas, se trata del abuelo godo, el extremeño don José Gregorio Hernández Plata quien, esta-

blecido en América bien avanzado ya el siglo XVIII, fundó la familia desposando a una criolla de Asunción emparentada con Mariano Moreno.

Hubiera sido grato obtener una fotocopia de la Partida, pero dificultó la posibilidad el hecho de que estuviera escrita con letra enmarañada, fuera de margen, en desesperado aprovechamiento del espacio. Este Cura Soto fue famoso por su desidia, y conviene memorizar su actuación.

Se hizo cargo de la Parroquia por el tiempo que Rosas separaba violentamente de San Miguel al cura Ocampo, acusándolo de ser "unitario renegado". Cuando el Obispo Medrano lo designó para San Pedro González Telmo, el Ministerio de Gobierno expidió este dictamen.

"Buenos Aires, Junio 14 de 1839-Año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia y 10 de la Confederación Argentina. Al Ilmo. Sr. Obispo Diocesano: El Gobierno ha aprobado en esta fecha, el nombramiento que ha hecho el Señor Obispo en 3 del cte., del Pbro. Fernando Soto, para Cura de San Pedro Telmo; por reunir dicho individuo a las demás cualidades que se requieren, *la de ser adicto a la causa nacional de la Federación*".

Pero el caos de la época alcanzó a sus dominios. Rigió la Parroquia desde 1839 hasta el año siguiente de Caseros en que fallece, el 16 de agosto de 1853. ¡Cómo habrá sido su negligencia, que en 14 años de rectorado sólo asentó diez Partidas de Bautismo en los libros parroquiales! A partir de 1840 desaparecen los asientos de colecturía, de bautismo, de matrimonios y de defunciones. Aquello no sería un total "Viva la Pepa"; pero sí un intermitente "¡Viva la Santa Federación!"

No nos quejemos de nuestra buena suerte, porque entre las 10 Partidas registradas figura la que fue objeto de nuestra afanosa búsqueda, con la diligente cooperación —reitero— del amable Pbro. don Pedro Scarzella, actual Cura Párroco.

A la cada día más crecida grey hernandiana brindo las presentes referencias. Personalmente estimo ensayar una suerte de gratitud generacional cada vez que me ocupo de los Hernández, cualquiera de ellos, José o Rafael, o mejor todavía los dos juntos, como acostumbraron a andar por la vida y como, seguramente, ambos permanecen insertos en la inmortalidad ya que

"me han contado que el mayor nunca dejaba a su hermano"

Testimonios

JUAN FILLOY

LA reedición de la novela "Op Oloop", de Juan Filloy, ha producido el redescubrimiento de este escritor singular, apenas conocido por una minoría que lo admira desde hace años. Sólo algunos integrantes de la "generación del 30" —principalmente Arturo Cambours Ocampo— y de la llamada "generación del 40" valoraban en su verdadera dimensión la obra del estu-pendo escritor cordobés.

Juan Filloy nació en Córdoba en 1894 y desde 1921 reside en Río Cuarto. Entre los títulos de sus numerosos libros citamos: "Periplo", 1931; "Estafen", 1932; "Balumba", 1933; "Op Oloop", 1934; "Aquende", 1935; "Caterva", 1937, y "Finesse", 1938. Entre sus inéditos se cuentan: "Gaudium", "He dicho", "Item más", "Metopas" y "Vil & Vil". Su obra tiene notable ascen-diente sobre escritores argentinos contemporáneos, tales como Borges, Julio Cortázar y Leopoldo Marechal.

El expresivo fragmento que reproducimos pertenece a "Aquende" y fue difundido en 1945 por Arturo Cambours Ocampo en su excelente revista "An-tología". Para Cambours, Filloy es el mejor escritor argentino vivo. El frag-mento es una joya, y el anatema que el autor pone en boca de Juárez Celman es de una dimensión colosal.

MISERERE: LOS ENTREGADORES

MIRÉ a Dios con ternura.. Debía haber pena-do mucho. ¡Oh, nada fastidia tanto como el candor de los imbéciles!

—En efecto, amigo —me interrumpió— ¡Nada fastidia tanto como el candor de los imbéciles! He leído su pensamiento y su conmiseración. Es tan raro que alguien se conduela de mí, que me ha conmovido sinceramente! Todos me pechan favores y milagros. Su piedad me ha sido balsámica. Se la agradezco. Me es usted muy simpático. Usted no es doctor, ¿verdad?

Negué meneando la cabeza.

—¡Qué alegría me da! No podía equivocarme. Su nimbo no ostenta infautación. Su aura es sencilla. Su voz es dulce. ¡Los doctores! ¡Si usted viera el trabajo que me dan! He debido crear una colonia de recaudación. Mienten con solemnidad. Difaman con elocuencia. Rehuyen dialécticamente cualquier compromiso. Pretenden implantar aquí esa cosa vitanda que es el derecho. El derecho de ellos, se da cuenta! Al fin, cuando se adaptan, a veces me resultan útiles. Pero estoy cansado de lidiar.

Un fantasma elegante, con barbita bien peinada neo-lux, entraba:

—¡Oportunísimo, doctor Juárez Celman! Hacía, precisamente, el elogio de los abogados... Acérquese. Tengo el placer de presentarle a un comprovinciano suyo. Anda de turista en el trasmundo. Guéelo. Se interesa en la historia "local" de su patria, o sea la anímica, no la empírica. Posee el gran inconveniente de no ser doctor, de modo que observa los sucesos con una visión distinta, es decir normal... Haga lo posible, en consecuencia, por normalizar la suya...

—Suban. Suban rápido —indicó—. Empiezo a oír los versitos del desgraciado de Mármol. Si no parten van a sufrir de yapa la pavana de emigrados...

Hendimos alborazados un mar de ozono.

A poco divisamos una caverna de monstruos em-pollando tormentas sobre enormes cúmulos rojos. Torcimos hacia el nadir, que es el sexto punto cardinal del cielo. Peripecias inenarrables. Planeábamos sobre un caos teórico. Desde la cabina sentimos las pasiones hostiles que bullían abajo. Protestas visuales de fusilado. Aleteos de degüellos. Burlas de ahorcados. Gritos y juramentos que explotaban como shrapnells.

El Doctor Juárez maniobró el aparato. Nos cer-níamos ahora sobre el aliento mismo de las voces,

sobre el dinamismo de cerebros invisibles, que dirigían falanges de fiebre en una lucha de prevalencia. Explicó:

—Es el lapso que del 52 al 86. El lapso más lóbrego de la historia, puesto que en él se eclipsó la conciencia argentina.

—Claro que sí. Yo no tengo nada que ver con esa gente, a no ser que pagué los platos rotos. Aquí, donde se computan las intenciones y los designios puros, donde se aprecia la ropa interior de las ideas y hasta la desnudez de los sentimientos, no embaucan a nadie. Es el lapso más oscuro y tremendo. Ya no era la lucha ignara de las montoneras: caudillos, capitanejos y caciques de un bando contra caudillos, capitanejos y caciques de otro. No. Después del silencio impuesto por el dedo vertical de Rosas, quienes gruñen y se desbocan son las gargantas más “excelsas” de la patria. Los emigrados entran en escena. Concentran arsenales de impulsos y dictérios. La montonera se porteñiza con Mitre. Se alza contra Urquiza, que había servido a los porteños, en bandeja de concordia, la batalla de Caseros. Se alza contra el Congreso Constituyente, que engarzaba en la Carta Magna una aspiración nacional. Se alza contra la federalización de Buenos Aires. Y jugando a la gata parida, Urquiza, desbancado, lleva la capital y su angustia a Paraná... La guerra civil, amigo, nunca tuvo tanta significación como en este lapso. Oncativo, Arroyo Grande, Caaguazú, poco valen por la índole de los contendores: Quiroga, Rivera, Echagüe... Pero, cuando dos ejércitos de calidad se repudian y se enfrentan, es porque la secesión divide con tajos de odio corazones que debían ser hermanos en el ideal. Cepeda... Pavón... ¿Dónde está el pundonor de los porteños? Oiga abajo el aquellarre. Oiga las insolencias de Adolfo Alsina contra la fe de las provincias. Oiga el rumiar sombrío de las intrigas contra la Confederación. Oiga a la vanidad porteña festejar la rebeldía barata del 11 de setiembre. Oiga cómo rechina el complot para asesinar a Urquiza en Palermo. Oiga a Paz, ¡al general Paz!, renegando de Córdoba igual que Vélez, para aceptar un ministerio bajo el gobierno fugaz de Pastor Obligado...

—¡Cómo, Paz, el justo Paz, no está en la justa paz del cielo!

—¡Qué esperanza! Somos solamente cuatro santos cordobeses: Séneca, el doctor Francia, Góngora y yo.

ENTRÁBAMOS, a la sazón, por entre los garfios de la constelación de Cáncer.

Una voz estentórea gritaba:

—¡Miradlos! ¡Hasta los que hicieron hincapié se hincaron!

No averigüé nada. El Doctor Juárez, halagando su barbita de neo-lux, explicó:

—Ese grito contiene un sentido esotérico. Alude a los constituyentes del 53. Imitaron la constitu-

ción yanke en vez de pulsar el contenido de los fueros locales. Aprovecharon los dogmas normativos de cuákeros y puritanos en vez de asir la proba sensatez del federalismo de Rosas. Recurrieron a Hamilton en vez de Alberdi. Los unitarios quisieron redimirse así, juntando las provincias que ellos mismos descuartizaron. Y fueron nuevamente “inmundos y salvajes”. En vez de hacer hincapié en lo autóctono se hincaron ante la extranjería. No construyeron, copiaron. La empresa fue fácil; pero burda su metempsychosis de renegados en patricios. Sigamos. Esperan turno.

La admonición se oía apenas —eco remoto—, pero insistentemente: —¡Miradlos! ¡Hasta los que hicieron hincapié se hincaron!

Nos habíamos apeado en la rampa de un cometa con el propósito de patinar hasta los antros en que culmina la apoteosis de los abyectos.

Yo permanecí en el ludibrio metido en una escafandra de misteriosa inmunidad.

Pero al Doctor Juárez le asediaba el riesgo. De doquiera enderezaban filos, apóstrofes, soplos de inquina, descargas de diatribas en contra suyo.

Le hubieran fulminado a no ser los recursos mágicos que poseía.

EL Doctor Juárez se instaló resueltamente en medio del tumulto.

¡Qué figura esbelta, espigada y grácil!

Igual que una hebra de humo, su talle se torcía y retorcía en la inclemencia del ambiente. A ratos parecía deshilacharse como una bandera de bruma. A ratos, parecía ceder vencida por el tufo de las imprecaciones. Pero ardía su bravura. La esquividad del 90 radiaba ahora en vainas de coraje. Sobre el clamor innumerable clavó, rígido, su anatema. Y fue su voz penacho de fuego florido:

—¿Qué queréis de mí, depredadores del patrimonio nacional? Acaso no acatásteis la solución catastrófica de las contiendas de límites, desde la Puna a la Tierra del Fuego; no tolerásteis el zapazo a Misiones —consumado por el laudo extraño de una mapoteca con mapas fraguados— y no dilapidásteis veinte mil leguas de pampa el 89, a dos pesos la hectárea...? ¿Por qué chillar entonces, viles entregadores, si os fustigan las espigas?

—Cruí-coro, cruíí-coro, coroóóó...

¿Qué queréis de mí, ilusos badulaques del progreso? ¿Acaso no firmásteis tratados con cláusulas netas, para compromiso nuestro, y cláusulas elásticas, para el arbitrio ajeno, mediante las cuales se cambiaban productos por promesas, sudores por papeles y sacrificios por quincallas de paz y guerra? ¿Por qué planir entonces, viles entregadores, si insurge el decoro que niega al imperialismo nuevos tributos a expensas de nuestro equilibrio?

—Um cuem, ummmmm cuemmmmm, ummm...

—¿Qué queréis de mí, sutiles tramoyistas del agio? ..Acaso no fuisteis vosotros los que implan-

tásteis la esclavitud del cambio, la fiebre de la bolsa, las emisiones clandestinas, las quiebras fraudulentas, los empréstitos garantizados con embarcos y toda la faramalla financiera que esconde el concubito de unos pocos con la fortuna? ¿Por qué bramar entonces, viles entregadores, si cobráis en este suplicio las primas del destino?

—Brrr hué, brrrr hué, brrrrr huééé....

—¿Qué queréis de mí, mercaderes que descompusisteis la balanza de la justicia en vuestra balanza comercial? ¿Acaso no fundásteis aquí trusts, ligas, kartels, consorcios, compañías y monopolios para estrujar la tierra y la grey nativas, despojándolas de sus jugos y esperanzas? ¿Por qué gemir entonces, viles entregadores, si os falta la carne y el trigo, el petróleo y la madera, el cuero y la lana en la miseria que purga vuestra codicia?

—Ajua-jah, ajuaaaa-jah, ajuaaa-jaaah....

—¿Qué queréis de mí, pulidos abogados, sucios de ambiciones, matufias y dobleces? ¿Acaso no hieden todavía vuestros planes y maniobras, cuando vendisteis al expolio extranjero la felicidad de los años bonancibles y entregásteis a la usura el porvenir que entreveíamos en los años abnegados de pobreza altiva? ¿Por qué llorar entonces, viles entregadores, si la prebenda del peculado exhibe vuestra frente rota contra el estorbo del honor?

—Mruai, mmmmmruai, mmmruaiiii....

—¿Qué queréis de mí, ángeles malditos de la coima? ¿Acaso no levantásteis vuestra arquitectura de fraudes fundada sobre cimientos de latrocinio y gozásteis todos los privilegios bajo suntuosos frontis recamados de estelionatos? ¿Por qué rugir entonces, viles entregadores, si vuestra fe de falsarios y falsificadores se comprime ahora bajo escombros y desbarajustes y no en la probidad del cielo?

—Groá grrrrroaaa, grrrrrroáá....

—¿Qué queréis de mí, astutos beneficiarios del soborno todopoderoso? ¿Acaso no lográsteis aranceles de escarnio, gabelas de sangre, y tarifas de odio, para atar al yugo del imperialismo los esfuerzos más puros de la patria? ¿Por qué clamar entonces, viles entregadores, si en el cangrejal de

la repartija justos escarmientos arañan los bolsillos de vuestra aparcería?

—Mee-joh, meee-joh, meee-joooh....

—¿Qué queréis de mí, ladinos parlamentarios que concedisteis todo? ¿Acaso no permitisteis la creación de cincuenta bancos, el 90, bancos que se despatarraron en la inflación, y otorgásteis noventa y dos explotaciones ferroviarias, el 89, explotaciones que succionan todavía los sudores argentinos? ¿Por qué gruñir, entonces, viles entregadores, si “podridos de plata” sucumben vuestros escrúpulos en ese “negocio redondo”...?

—Ayayaaaay, ayayaaaaaaa, ayayaaaaaay....

—¿Qué queréis de mí, burdos embaucadores de la fe pública? ¿Acaso no ocultásteis bajo el tapujo de vuestro prestigio los drenajes bancarios, las hipotecas especiosas, los contrabandos oficiales y la especulación insólita de la tierra fiscal? ¿Por qué bufar entonces, viles entregadores, si sesenta años de escamoteo en los atrios de simulacros cívicos y de farsas oligárquicas os hunden en el repudio de la democracia?

—Psit-su, psiiit-suuuu, psiiit-suuu....

¡Y fue su voz penacho de fuego florido!

El anatema del Doctor Juárez no emitió sus inquisiciones aisladas, en retahíla, sino todas juntas, en manojo. Emergieron de su boca como llamas lancinantes, empujadas hacia el éter por un megáfono colosal.

El pavor que produjeron dejó atónita a la muchedumbre. Sólo se escuchaban simultáneamente úlulos apagados, broncos aullidos y el rechinar de miriadas de espíritus temblorosos. Después se pasó todo en agonía. El aire se tornó mucilaginoso. Y entre retumbos extraordinarios y retorcijones cósmicos se desplomó en vorágine la hirviente emulsión del Océano-del-Honor-Ahogado.

Erecta, señera, sobre una roca, la imagen del Doctor Juárez resplandecía elevándose. Sus destellos purificaron el recinto. Algunos sarcasmos, jugosos de ácido, mojaban su barbita de neo lux.

Fue la última vez que le vi. En efecto: ni bien giré para otear el contorno, desapareció para siempre.

JUAN FILLOY

Filiación rosista de don Juan Coronado

EN su colaboración sobre Martín Coronado y sus ficciones en prosa, Luis Soler Cañas hace referencia a la posible filiación rosista de Juan Coronado, padre del dramaturgo. Creemos de interés señalar que, efectivamente, este último se mantuvo federal rosista hasta mucho después de Caseros, como se conservaron tales Hilario Lagos, Lamela, Arnold, Juan Moreno y otros muchos. Así nos lo manifiesta él mismo en alguna página de su libro *Los misterios de San José* y en la carta a que alude Soler Cañas en su artículo, existente en el Archivo de López

Jordán. El 6 de julio de 1861, en efecto, Juan Coronado le dice a Ricardo López Jordán, que está en Rosario, lo siguiente: “*Apróntese para golpear a sus compañeros de Caseros, que es la cagada más grande que hicieron.*” El sustantivo usado por el entonces secretario de Urquiza es toda una definición. Otros dos rosistas que colaboraron con Urquiza fueron Benjamín Victorica —que fue influyente personaje en San José— y don Juan Moreno, que se desempeñó como jefe de policía de Paraná y residió posteriormente en la Gualeguay.

Los Nacionales

JULIO CÉSAR LUZZATTO

ES salteño, pero, desde hace años, está en Buenos Aires. Colaboró en el suplemento literario de "La Nación", en la revista "Poesía Argentina", de la desaparecida Comisión Nacional de Cultura, y en otras publicaciones literarias. Con su primer libro, "Letras minúsculas", aparecido en 1938, se reveló como un poeta original y en la mejor tradición castellana. En 1964 publicó "Güemes y otros cantares", libro de plena poesía, algunos de cuyos sonetos recuerdan los mejores de Enrique Banchs. Del poema "Güemes" son los fragmentos que van a continuación.

LA IGUANZO

A PARECIÓ con sus trenzas
en una zamba del pago.
La presentó una guitarra
que la nombró suspirando.
Ah, morena de los ojos
embriagadores y claros;
la mirada de la aloja
en el cántaro rosado.
Es tan airoso su cuerpo,
que en el afán de copiarlo,
se repiten las palmeras
y se repiten en vano.
Más dueña de brujerías
que su selva de Santiago,
su piel de seda y peligro
es la piel de los remansos.
El teniente Martín Güemes
ya está con ella bailando.
En las trenzas de la moza
sobran nudos para atarlo.
Sirven las viejas el chisme
con el mate y el guarapo,
y es claro que ha de saberlo
hasta el general Belgrano.
Desde que manda ese Jefe
en el cuartel de Yatasto,
sólo se dejan las armas
para rezar a los santos.
A Buenos Aires va preso
el teniente de veinte años.
El parte oficial decía:
"por amores con la Iguanzo".
Consuelan al prisionero
las acequias y los pájaros,
y lo defiende con ira
la roja flor del lapacho.
Y al saber en su refugio,
por qué causa lo apresaron,
quiere limar sus cadenas
la cigarra del verano.

ENCUENTRO

R OSARIO de la Frontera.
Talas, chañares y molles.
El solar de los Gorriti,
la casa de los Orcones.
Los ojos de Carmen Puch,
mirando desde la torre,
son más azules ahora
tanto calcar horizonte.
Si le pregunta a la senda,
la senda no le responde.
Tampoco le dicen nada
las aves que lo conocen.
¡Dónde andará ese guerrero,
en qué afanes y rigores!
Pero ya es tiempo, con todo,
de que a sus brazos retorne.
A veces oye el regreso
ronco de sus guardamontes,
y es, ay, el viento que juega
con su ilusión en el bosque.
Y cuando ve su bandera
que retorna hecha girones,
es, ay, el cielo que brilla
entre las ramas inmóviles.
Don Juan Ignacio Gorriti
trae la noticia una noche.
Si él ya no puede volver,
ella irá donde él se esconde.
Y comienza por cortarse
la cabellera de bronce.
Si él ya no ha de contemplarla
para qué la quiere entonces.
Igual que la luz del cirio,
deja que el amor la agote.
Siendo una flor vivió más
de lo que viven las flores.
Ya le cierran las pupilas,
ya la bajan de la torre.
Va al encuentro del amado
y sólo ella sabe dónde.

JULIO CÉSAR LUZZATTO.

Pensamiento Nacional

MARIANO N. CASTEX S. J.

EL 16 de noviembre de 1967 fue incorporado a la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires el sacerdote jesuita Mariano N. Castex. En esa oportunidad, el joven hombre de ciencia argentino disertó sobre el tema *Inteligencia y ser nacional, o la ciencia en la tierra del chajá*, conferencia en que aborda un tema esencial para los argentinos. El padre Castex estudió primeramente con los hermanos maristas y luego en el Colegio Nacional Domingo Faustino Sarmiento. Luego cursó estudios de medicina en la Universidad de Buenos Aires, donde tuvo como maestro al Dr. Vicente H. Cicardo, y en la de Montevideo, en que terminó su carrera y se formó bajo el magisterio del Dr. Fernando Herrera Ramos. Posteriormente, ya en la Compañía de Jesús, estudió historia de las ciencias coloniales con la guía del padre Guillermo Furlong y ciencias cósmicas con el padre Juan Bussolini. El texto que ofrecemos constituye la parte sustancial de su discurso de ingreso a la Academia, cuyo contenido juzgamos de sumo interés para nuestros lectores, al margen de las disidencias que podamos observar con relación a algunos pocos de sus juicios.

INTELIGENCIA Y SER NACIONAL

ES evidente que un estudio adecuado del presente de la inteligencia nacional es fundamental en cuanto útil para un pronóstico adecuado de tiempos venideros y el desenvolvimiento de una terapia eficaz que justifique las aspiraciones e ideales de nuestro ayer y a las exigencias ineludibles del mañana.

A primera vista debemos señalar que muchas de las deficiencias actuales que luego indicaremos son males que vienen arrastrándose de ola en ola, sin quedar jamás marginados por el continuo desplazarse de la marea. Como el corcho, flotan de onda en onda sin pertenecer a ninguna, pero paulatinamente van dejando su huella de poda en la limitación deformante de las múltiples actividades de la inteligencia nacional. En la cultura, en la investigación científico-técnica, en el desarrollo económico y en el bienestar social, que es engendro de las primeras.

Detectar el trasfondo histórico de estas fallas, desglosando sus fibras enmarañadas, también es difícil, ya que poseemos una historia profundamente subjetivada con abundantes contornos mitológicos que oscurecen y deforman, cuando no ocultan por completo, las admirables figuras y personalidades de nuestros prohombres.

Cabría agregar una nota previa final referente a las actividades con que podemos enfrentar esta reflexión.

Es frecuente en el hombre actual una posición —para muchos es virtuosa— que consiste en lo que podríamos llamar “un optimismo irresponsable”. No se ven las dificultades o simplemente se velan con un acto de voluntad. Cuando éstas se hacen tan serias que no puede ocultarse su figura ni evitar el clamor de su impacto, se intenta la minimización con palabras. Posición irresponsable, los hombres que en ella militan corren el riesgo de edificar sobre cimientos de algodón. A ellos se oponen los “pesimismos negativistas” incapaces de una reflexión objetiva y cuyo vivir consiste en la militancia perpetua entre las filas de una crítica que destruye y una oposición por sistema.

Si de veras queremos intentar una reflexión sobre esta “nuestra realidad nacional” y su íntima relación con la inteligencia, sólo nos queda intentar un tercer camino al que podríamos denominar “realista” y que se estructura sobre una trilogía pragmático-positivista, de sinceridad, objetividad y audacia, huyendo a la vez de una agresividad estéril y de una posición que cual avestruz amenazada, se limita a enterrar la cabeza, negando su realidad circundante.

Esto expuesto, cabe iniciar el planteo con el primer interrogante de nuestra problemática. *Este se limita a preguntar si hay o no hay inteligencia en nuestro ser Nacional presente.*

Debemos admitir que la cuestión sea tal vez superflua ya que es bien conocida por todos la brillantez de los técnicos y profesionales, como también de los hombres de letras argentinos, y el alto valor en que se les cotiza en otros países más tecnificados.

En segundo lugar cabe entonces preguntarse si esta inteligencia está presente en el quehacer dinámico del “ser nacional” y, en caso negativo, *averiguar el porqué de esta ausencia.*

Ahora bien, es evidente que, si cotejamos nuestro presente con *etapas históricas anteriores*, debemos confesar que la inteligencia *desde hace algunas décadas está más ausente que presente en la realidad nacional*. Más aún, puede afirmarse sin temor a errar, *que tiende a una progresiva marginación al iniciarse el siglo*, proceso que se viene arudizando a la par que se hace crítico el derrumbe de la Argentina agraria en la década del treinta, y finalmente se torna angustiante en estos tiempos en que un gran porcentaje de nuestra inteligencia trabaja en beneficio y servicio de otros ideales y banderas que no son precisamente los celestes y blancos de nuestros padres.

Muchas son las razones que se invocan en la actualidad para explicar y justificar tamaño éxodo, como también son abundantes y hasta peregrinas algunas de las terapéuticas propuestas como solución radical y eficaz a ta-

maño mal. Más aún, el tema del éxodo es obligada referencia para todo aquel que quiera destacarse como mecenas y protector de la ciencia argentina y usado como ariete —en no pocos casos— por extremismos de todo tipo. Las razones causales invocadas se desplazan a lo largo de un amplio espectro que corre desde la deficiente e insuficiente educación primaria, secundaria, técnica y superior, hasta la afirmación de que la ciencia y la cultura están inhibidas por falta de medios, apoyo y estímulo.

Puede afirmarse ante este hecho indiscutido y definible como “la ausencia o marginación importante y progresiva —con algunas variantes y honrosas excepciones— de la inteligencia en el quehacer nacional a partir de las primeras décadas del siglo”, que es lugar común en nuestra ciudadanía buscar un buco-emisario culpable.

Para los supuestos corifeos de la ciencia argentina nada más difícil que desligarse de la culpa y endosarla a los gobiernos que se convierten así —para ellos— en únicos responsables de tal situación.

Podría concederse la tesis expuesta y preguntarse uno de inmediato si del lado de la inteligencia no existen también factores de culpabilidad. Es lo que corresponde en este alto de nuestro camino. Pensar y reflexionar para encontrar y comprender el embrión de nuestro presente de este modo encauzar —en cuanto podamos— el desarrollo del futuro.

Debemos reconocer que si bien es cierto que por un lado la ciencia argentina honró al país en no pocas ocasiones y no siempre apoyadas en forma conveniente por sus autoridades, por el otro lado no parecería que la inteligencia ciudadana se hubiera integrado y mancomunado suficientemente con la problemática de la Nación. Analicemos un poco la historia.

Los siglos XVIII y XIX se caracterizan por un crecer intelectual que alternativamente íntima o se rechaza con el poder político. En ambos centenos prolifera la cultura profundamente amalgamada con las necesidades reales de la región. Son las grandes figuras de un Sánchez Labrador, de un Florián Pauke, de un Cardiel, de un Mascardi, o de un Falkner las que permiten y prepara las condiciones y ambientes que darán a luz a la generación de mayo. El distanciamiento de la inteligencia con el consiguiente empobrecimiento de visión del factor conductor del Virreinato conduce inexorablemente a la crisis, en donde una vez más una “élite” intelectual recibe la oportunidad de prorrumpir en la historia para crear una etapa fundamental de nuestro ser nacional. El empuje del año 1810 que cristaliza en el 1816, se enfrenta a una realidad rioplatense que le exige de continuo una modelación particular adaptada a los tiempos, circunstancias, lugares y personas.

Dos son entonces las tensiones que se enfrentan; la intelectual, cegada por la rica policromía de “las luces europeas”, y la realidad nacional, exigente y tenaz, que clama por una inserción vital, propia y particular de lo bueno ajeno, en lo nuestro.

Tal vez el fracaso que culmina en la autocracia ordenadora del rosismo y en el reino de la monotonía no hubiera ocurrido, si lo intelectual, en vez de limitarse a copiar esquemas o trasplantarlos con mayor o menor habilidad, se hubiera abocado al esfuerzo creativo de edificar una estructura propia y particular.

Negar la posibilidad del encuentro entre la inteligencia y la monotonía es afirmar en forma lisa y llana la escisión del país, llevando a un enfrentamiento que décadas después reaparecería convertido en el grito de “alpargatas sí, libros no”, que erizó y sacudió de una pesada modorra a no pocos intelectuales argentinos. La afirmación de irreductibilidad de ambas tensiones entre sí, cierra el camino a toda integración y barre la posibilidad a todo progreso.

Los escasos visionarios de entonces como el Deán Funes, Don Estanislao López o el oriental Larrañaga, son marginados por el núcleo pensante mismo y sus esquemas e intentos creativos rechazados con rapidez y desprecio.

Caído el rosismo y en plena floración de la etapa agraria inversora, se persiste en una implantación del esquema “copia”, planteo que mantiene la escisión nacional.

Corresponde a algunos visionarios, figuras egregias de la inteligencia nacional, intentar el abrazo de intelecto y monotonía, y los mutuos gestos —nunca suficientemente valorados— que siguen a Pavón, logran arrancar a la Nación de su categoría de “mera copia” para lanzarla de lleno a la etapa de *creatividad*.

En esos momentos se lanzan a la palestra los conjuntos más floridos de la inteligencia argentina de la segunda mitad del siglo XIX. La íntima cohesión de lo intelectual y de la conducción nacional se pone bien de manifiesto por la acción de grandes figuras como Julio Argentino Roca, Carlos Pellegrini, Guillermo Rawson, Eduardo Wilde, José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Leopoldo Lugones, entre muchos otros a los que sería tedioso recordar en la presente exposición y escapan a sus límites, todo el conjunto intelectual del declivio finisecular decimonónico logra aun desde la acción en campos diversos e incluso opuestos, la creación de una Nación con rasgos *personales* y *característicos*, siendo su actividad científica un orgullo para la patria y el asombro del mundo culto.

Quien puede olvidar a Don Ángel Gallardo y a Florentino Ameghino, a Porcel de Peralta, a Nicanor de Albarcellos, a Teodoro Baea, a Roberto Wernicke, a Gregorio Aráoz Alfaro, sin que ofitamos la brillante constelación integrado por Luis Güemes, Gregorio Chávez, Abel Ayerza y Francisco Sicardi, a cuya sombra se formaron hombres como Rafael Bullrich, Luis Agote, Ignacio Allende y Mariano R. Castex.

Las últimas oleadas del intelecto nacional de fines del siglo XIX y comienzos del XX diseminan el prestigio argentino por el mundo culto en forma de brillantes escuelas especializadas clínicas, quirúrgicas, fisiológicas, jurídicas y literarias. La ciencia y la investigación en nuestro país no se inicia con ningún hombre en particular. Es producto del esfuerzo de muchos.

Paradójicamente, con el derrumbe paulatino de la Argentina agraria y la progresiva instauración de la era industrial, aunque la cristalización de lo intelectual llega a su apogeo, la inteligencia inicia un proceso de retraimiento del quehacer nacional que la conducirá en forma inexorable a un aislamiento total que comienza a vislumbrarse en toda su intensidad a partir de 1918, en ocasión de la Reforma Universitaria.

Son cada vez más escasos los conjuntos intelectuales integrados en la realidad nacional. Lisandro de la Torre, Vicente Gallo, Leopoldo Melo o José Nicolás Matienzo son figuras aisladas que salpican con vida intelectual y creativa un cuadro de pobreza de conducción, en el que surge una vez más el enfrentamiento intelecto-monotonía, esta última reemplazada ahora por el caudillo del comité. Paulatinamente la conducción técnica es desplazada por la conducta directriz oportunista, fraudulenta y demagógica.

Es indudable que en todo este proceso la constelación de hombres de ciencia, que se aglutinan en torno al que luego será el partido socialista, constituye una rara excepción. Juan B. Justo, eximio cirujano y catedrático, amalgama en torno a él a Nicolás Repetto —otro cirujano de alta calidad y hombre que no vacila en sacrificar su ciencia por el ideal de servicio a la Nación—, a su propia esposa —médica sobresaliente— y a Enrique y Adolfo Dickmann, ambos universitarios de envergadura. A ellos se une Don Alfredo Palacios que bien ha pasado a la historia nacional como el precursor y campeón de la legislación social argentina. Este conjunto logra impulsar un movimiento de *creatividad* particular que se presenta como uno de los últimos latidos con rasgos propios nacionales en el que la inteligencia abraza, se amalgama y sirve a la realidad argentina. Libros y alpargatas, intelecto y monotonía, firmemente abrazados prueban que la escisión no es total y la acción conjunta y fraternal es algo posible y cercano.

La falta de visión y realismo de lo que se ha dado en llamar “época de la oligarquía inversora”, que provoca el caos de la discutida democracia distributiva e inversora que corre de 1946 a 1955, se caracteriza por la pres-

cindencia y desinterés casi total por parte del intelecto argentino en lo referente a la problemática político-nacional. La inteligencia está divorciada del ser nacional y —salvo honrosas excepciones— se torna ciego a sus clamores, necesidades y planteos. El camino queda así abierto hacia la aventura y la desilusión consiguiente. Las escasas figuras intelectuales del régimen peronista que lucharon por un ideal en el que creían responder a un clamor nacional que aún golpea en nuestras puertas, confiesen su impotencia y su fracaso. Muchas veces se ha sido injusto con alguno de ellos. Se los acusa de haber errado de camino. ¿A cuántos de los acusadores no podría señalárselos con el dedo e imputárseles ceguera y sordera a la realidad nacional?

¿Qué curioso que el argentino tienda siempre a acentuar la escisión entre hermanos en vez de recoger los lazos para rehacer el nudo fraternal! ¿Acaso pesa sobre la patria alguna mítica maldición que cual la del Nibelungo nos arrastra siempre hacia el odio y la autodestrucción? ¿Qué hemos hecho en nuestra historia para tomar irreconciliables a grandes sectores de nuestra argentinidad? Parafraseando a Jaspers podríamos preguntarnos si acaso han cargado los diablos sobre nosotros, arrebatándonos y llevándonos a una confusión aturdidora.

En el período que corre desde 1955 a 1966 la inteligencia se presenta en la vida del ser nacional en forma caótica, distorsionada y fragmentaria. Se dividen las fracciones y la ciencia se convierte en instrumento de politización y penetración, proliferando toda suerte de desvíos y manejos ideológicos. Se proclama su puesta al servicio de la nación por una parte y se juega con ella en propio beneficio por la otra. Es curioso que pese a esta situación, renazca y progrese en forma notable, tal vez debido al apoyo que recibe por parte de la misma nación.

De todo lo expuesto surge como primer rasgo esencial la falta por parte del intelecto nacional de una adecuada creatividad propia y particular. Proliferan las copias y las trasposiciones con una falta total de originalidad, motivadas tal vez por una especie de pereza en pensar a la “inteligencia no aislada en sí misma, sino como injertada en una realidad argentina a la que debe servir y contribuir en forma notable para su continuo crecer y expansión”.

Esta falta de visión o fuga de la realidad nacional es la que conduce de manera obligada al replegamiento del científico sobre sí mismo, a la angustia, al resentimiento, al ataque, y a lo que se ha dado en llamar “el feudalismo catedrático o científico”, o también —en lenguaje menos académico pero ciertamente realista— “la trenza”. Todos ellos son mecanismos defensivos que frenan el crecer nacional y actúan en forma marcada en algunos fenómenos actuales como el éxodo de científicos y técnicos y en otros más dolorosos aún, y curiosamente no tan funcionados, consistentes en las metódicas y amplias campañas de descrédito en el exterior contra las condiciones de labor científica imperantes en nuestra patria, y aun en torno a la calidad de la misma tarea científica, campañas que son llevadas a cabo por hijos de nuestras tierras que demuestran con su actuar hasta qué punto existe en ellos un desprecio de los valores nacionales y una alienación de lo científico.

La problematización a que hemos hecho referencia y la necesidad urgente de pasar de un esquema de trasplante o copia, a uno de creatividad, requieren por parte del intelectual una trilogía de virtudes íntimamente enlazadas.

En primer lugar, hace falta *capacidad de diálogo*. Intercambio de opiniones entre intelectuales entre sí, y entre los intelectuales y los demás miembros del ser nacional. Hace falta descubrir en todos los sectores una disposición a encontrar en conjunto los objetivos comunes, no en un monólogo agresivo, sino a través de un fructuoso intercambio —y aun vigoroso choque— de ideas e ideales.

Para ello hace falta *sinceridad*. Sinceridad necesaria en reconocer la escala de valores, ubicando lo nacional y lo social por sobre lo personal. Hace falta que el intelectual

adquiera más y más la conciencia de su participación en una comunidad dinámica en desarrollo; que adquiera progresivamente la conciencia de que el Estado no le debe cosas a él, sino que él es producto del esfuerzo solidario de la comunidad a que pertenece, y que su labor es un servicio que él debe prestar a esa comunidad como otros miembros trabajan en ella y para ella de manera diversa. Obrero e intelectual, como el maestro, el estudiante o el soldado, son ladrillos iguales pero colocados en diversos ángulos del gran edificio nacional.

Las exigencias de su ciencia se convierten así, no en planteos personales, sino en pedido que repercutirán en último término en bien de la Nación y de su progreso.

Los intelectuales pecamos tal vez de ser aún demasiado subjetivistas, confundiendo lo científico con el color político. Aún está fresca la sangre de las luchas universitarias. Puede una preguntarse si en todo ella ha habido “juego limpio” y leal reconocimiento de los valores de colegas colocados aun en líneas contrarias. Debemos confesar que desde hace décadas, grandes sectores de algunas de nuestras universidades vienen siendo un campo de Agramante donde el triunfador de turno ajusticia a quienes no comparten sus ideas políticas o filosóficas. Los desplazados de hoy fueron los reyes del ayer que a su vez desplazaron a otros.

Pese a todo ello hubo ciencia y labor intelectual. ¿Qué ocurriría si hubiera diálogo y sinceridad? ¿Ocurrirá alguna vez en nuestra tierra aquello a que hacía referencia Karl Jaspers en 1946 cuando como Rector de la Universidad de Berlín —recientemente liberada— invitaba a que alguna vez se rompiera la cadena del mal ocasionada por las sucesivas persecuciones y revanchas? Concluirá algún día de imperar en nuestra patria la sádica satisfacción de la venganza y el masoquismo de la crítica destructiva?

También hace falta *valor*. Valor para aceptar la realidad circundante. Valor para distanciarse de un pasado que abraza e impregna a cada uno de nosotros. Valor para definirse sin compromisos ni colores políticos buscando servir a la Nación en toda oportunidad que se presente, y dispuesto a encontrar al hermano a su vez definido aun en líneas opuestas, y estrecharle la mano tras el ardor del combate. Valor para abandonar esquemas perimidos y elaborar con constancia y capacidad los nuevos. Valor para mantener la verdad por sobre los movimientos y las presiones deflagorizantes y, finalmente, valor y audacia para mantener la opción existencial que insinúan estos caminos trazados.

Es inútil pretender reintegrar y reunificar al país encaminándolo hacia el desarrollo si no integramos adecuadamente a la inteligencia en nuestro ser nacional. Integrar supone conocimiento de estado previo, planteo de problemáticas, búsqueda y localización de fallas y virtudes, admisión de realidades, y finalmente una adecuada terapéutica.

El futuro se expande en interrogante ante nuestros ojos. Sería ingenuo hablar de un alegre amanecer. Ante nosotros se despliega la tierra árida y sedienta, pero promisoría, que exige duro trabajo, sudor, sangre y lágrimas. Esta labor nos obliga a una *transfiguración moral* que se nutre en el ideal de trascendencia, en la aceptación de lo bueno y en la savia que destila el auténtico pasado. Los valores que deben sostenernos son los del *servicio al futuro* y la satisfacción del deber cumplido.

La presente exposición ha sido sólo un tímido intento por abrir el diálogo y el mutuo encuentro. ¿Seremos capaces de ello? Si esto no es posible, será inútil invocar a los próceres, enarbolar bandera o cantar himnos.

La gran Argentina que vislumbraron nuestros mayores y exigen ciudadanos del mañana no será posible sin ese encuentro, sin ese diálogo y sin esa integración. De lo contrario estaremos condenados al subdesarrollo, abono ideal para la proliferación de ideologías extrañas y ajenas a nuestro ser nacional.

Queda abierto el interrogante. A nuestro actuar le toca dar la respuesta adecuada.

MARIANO N. CASTEX, S. J.

✂ *A Universitario Chaqueño (Resistencia).* — Usted dice bien cuando expresa que podemos tomar como fecha inicial de la escuela revisionista argentina el año 1881, en que Adolfo Saldías comienza a publicar sus estudios sobre la Confederación Argentina. Sin embargo, un año antes, en 1880, el jurisconsulto y escritor mendocino Manuel A. Sáez, amigo dilecto de Bernardo de Irigoyen, había publicado un estudio titulado *Unitarismo y Federalismo*, con motivo del debate sobre la federalización de Buenos Aires, en que sienta la tesis revisionista con sólidos fundamentos, dentro de una concepción historicista de la sociedad, muy acorde con la posición de Alberdi en el *Fragmento Preliminar*. Por lo demás, en escritos anteriores al 80, por ejemplo en ciertas refutaciones históricas efectuadas por Alberdi y por Carlos Guido Spano (“El Gobierno y la Alianza”, v. g.), podemos hallar los pasos iniciales de este movimiento cultural que hoy se ha consolidado en el país. Tras la senda abierta por Saldías, dijeron después lo suyo Antonino Reyes, Prudencio Arnold, Quesada y el mismo Lucio V. Mansilla en algunas de sus sabrosas páginas.

✂ *A Hugo Amable (Misiones).* — Está en lo cierto: Emilio Onrubia es comprovinciano suyo. Nació en Paraná, en 1849, y estudió en el histórico Colegio de Concepción del Uruguay. Hizo periodismo en Gualaguaychú, pero su oposición a Urquiza lo llevó fuera de Entre Ríos, hasta los días de la revolución jordanista. En 1871 integró en Buenos Aires la comisión popular de auxilio a las víctimas de la fiebre amarilla; se distinguió entonces hasta el punto de que se le otorgó el Gran Premio de Honor y la Cruz de Hierro. Después de la segunda guerra jordanista, emigró al Uruguay, y en 1877 encabezó, junto con algunos mitristas, una invasión a Santa Fe, que fracasó. Fue redactor de “El Amigo del Pueblo” y de “La Patria Argentina”, pero se lo conoce sobre todo por su labor teatral, desarrollada en Buenos Aires, donde construyó el Teatro Onrubia. Entre sus piezas de teatro se cuentan: *Vieja doctrina*, *Los cofrades de Pilato* y *Lo que sobra y lo que falta*. Esta última obra, compuesta en verso octosílabo y en tres actos, fue estrenada en su sala y publicada en folleto en 1889. Pertenece al ciclo que se ha denominado “literatura del 90”, ya que su contenido no es otra cosa que una crítica al clima mercantilista creado en tiempos de Roca

y Juárez Celman: sobraba amor al dinero y faltaban virtudes, según aquella pieza teatral, casi olvidada.

✂ *A Guillermo Romero (Barracas).* — Su pregunta sobre lo que realmente le sucedió a Elisa Brown, la joven hija del Almirante Brown, pone el dedo sobre un tema donde la leyenda se ha mezclado con la historia. Según nuestra información, el suicidio romántico de la “novia de la arena” —que no se resignaba a la pérdida de su prometido el capitán Drummend— es producto de una leyenda. Nos basamos para hacer esta afirmación en el testimonio de un amigo de la familia Brown, don Daniel Maxwell, quien, en 1877, dijo algo sobre el tema. En efecto, en carta al coronel de marina Mariano Cordero, que publicó *La Tribuna* del 22 de diciembre de 1877, narra detalles de su amistad con los hijos de Brown, de los que fue condiseípulo, y con el Almirante. Después de consignar pormenores de ese trato, dice: “Halleme igualmente en la Casa Amarilla, residencia entonces de la familia, la noche en que fue extraído el cadáver de su hija Elisa (niña de 17 años) del canal del Riachuelo, habiendo caído en él al internarse incautamente en el Río, por los fondos de esa quinta, en compañía de su mencionado hermano Eduardo, con el objeto de bañarse. Fui testigo del dolor del almirante y recuerdo que entre las numerosas personas que en esa noche afluyeron a la casa Amarilla, vi allí al general Don José Matías Zapiola, al Comisario General de Marina Don Benito José Goyena, al Cónsul General y Encargado de Negocios de S.M.B. Woodbine Parish y a Don Tomás Fain”. Recuerda Maxwell que dicho episodio ocurrió “en la tarde de uno de los últimos días de diciembre de 1827”. Ni una palabra sobre el presunto suicidio en los recuerdos de quien, por vínculo familiar y amistoso, no podía estar ajeno a un suceso como el que la leyenda forjó.

A partir de la entrega de marzo AHJUNA aumentará su número de páginas, atendiendo a los reclamos de numerosos lectores que así la desean. Saldremos desde entonces con 24 páginas.

EL CAUDILLO

por **Horacio Salas**

EL Caudillo es el Chacho, una figura de creciente gloria póstuma, cantada desde hace más de un siglo no solamente por el pueblo anónimo, sino también por escritores de relieve como Olegario V. Andrade. Ahora, en los sobrios, secos y bellos versos —propios del epos— de Horacio Salas la prodigiosa humanidad del general Peñaloza se prodiga en una nueva revelación.

Los aciertos son numerosos en el poema: “*Sus soldados ya incendiaron Aymogasta. / Se ha roto la vidala de los cerros. / El fuego cubre el pueblo de Mazán / y el vino de la sangre se avinagra en suelo*”, narra al describir a Sandes, el cruel. O cuando el Chacho dice de sus montoneros: “*Han crecido y han muerto ante mis ojos*”. O también cuando da iniciación al canto: “*No me es difícil imaginar al Chacho. / De niño he dibujado su rostro muchas veces*”. Este poema fue distinguido en el concurso literario que se efectuó con motivo del centenario de la muerte de Peñaloza, por un jurado que compusieron León Bouché, J. M. Castiñeira de Dios, José Linares, Antonio Nella Castro y Julio Ellena de la Sota. Es una fortuna que ahora podamos gustarlo. (Editorial Doble Ese).

CUENTOS MANIQUEOS

por **Rodolfo J. Charchaflí**

EL interés del libro comienza en el título, sorprendentemente original, a pesar de que en Buenos Aires —ciudad poco propicia para la teología— el adjetivo-sustantivo sea algo así como vocablo de iniciados. Por lo demás, prudentemente, el autor le ha escapado a la tentación de las formulaciones doctrinarias en los textos de sus hermosos relatos, entre los cuales preferimos los titulados “Los ojos infinitos”, “Cuento de carnaval” y “Suburbio del cielo”.

Aquí el poeta Rodolfo J. Charchaflí (“*Madrigalero*”, 1958; “*Retablo*”, 1965) se muestra como un limpio y sutil prosista que trabaja el idioma con la razón y con la intuición, sin pedir nada prestado. Las narraciones de este libro —el primero de relatos que publica— se mueven en líneas diversas, y es difícil predecir sobre cuál de ellas habrá de trabajar (o debe trabajar) el

escritor en el futuro. Se nos ocurre que Charchaflí se logra expresar mejor en aquellos relatos donde la imaginación, apartándose de lo existencial, se desplaza por regiones de magia, de misterio y de milagro. (Falbo Editor).

CARLOS GUIDO Y SPANO, POETA Y HOMBRE DE BIEN

por **Pablo Fortuny**

LOS versos finales de *At Home*: “*Latió en su pecho un corazón honrado: no fue un prócer; fue más, hombre de bien*”, explican literalmente el subtítulo de este estudio sobre el gran prosista y luchador argentino, sobre quien no se ha escrito aún una biografía que lo ubique explícitamente en el cuadro políticosocial y cultural de su tiempo argentino. Hasta ahora, ciertamente, se ha venido trabajando casi en forma exclusiva sobre los aspectos literarios de Guido Spano, y en más de un caso con estudios valiosos, entre los que recordamos el de Carlos Alberto Loprete. Pero la proyección políticosocial —su entraña militante volcada sobre el país vital— del autor de “*Ráfagas*” apenas si ha sido objeto de investigación.

Desde el punto de vista humano y literario, es este trabajo de Pablo Fortuny el más completo y el más documentado en aspectos y pormenores poco o nada conocidos de la gran figura argentina, sobre la que pesa una lamentable deformación: su imagen escolar es la de un apacible anciano, cantor de asuntos mitológicos, tras la cual es imposible adivinar la efigie de quien había peleado en las calles de París en 1848, y había tratado de hacerlo en Paysandú y en Montevideo, en 1864 y 65. Nos dieron al poeta, pero nos escamotearon al prosista, mucho más importante. Al Guido Spano militante, junto a los Hernández, los Navarro Viola, los Vedia, los Lapuente: prosista y soldado, que aparece en el libro de Fortuny, diríamos, por ejemplo, en la polémica con el chileno Valderrama, en torno a la Patagonia.

En momentos en que las nuevas generaciones se vuelven hacia las figuras protagónicas del pasado argentino, interesadas en descubrir su gravitación sobre el presente, este libro de Fortuny llega en buena hora, con sus nuevas informaciones sobre el magnífico prosista y polemista, de quien Charles de Soussens dijera un día: *Sur la tête les ans tombent comme des lys*. Es decir los años caen como lirios sobre tu cabeza. (Ediciones Theoria).